

## La amistad de Bolívar y San Martín

Discurso pronunciado por el Excmo. señor Alberto M. Candiotti, enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de la República Argentina, al ser recibido como miembro honorario de la Sociedad Bolívariana de Colombia.

Señor Presidente, señores:

Es un gran honor para el representante de la República Argentina pertenecer a la honorable Sociedad Bolivariana de Colombia y contribuir, en la medida de sus fuerzas, a honrar la memoria imperecedera de Simón Bolívar, el Libertador, par de los hombres más ilustres de la Historia.

Agradezco el honor que me dispensáis, señor Presidente y señores miembros de la Junta Directiva, y acepto la designación de Miembro Honorario como un homenaje a mi país.

Señoras y señores:

Es verdad dolorosa y desconsoladora que los pueblos no pueden universalizar sus ideales, ni sus concepciones filosóficas y artísticas, si antes no logran grandeza material en todos los órdenes de la actividad humana; y, de especial modo, se irradian las naciones que consolidan, en forma prominente, su poderío económico y militar. Son pocos los pueblos débiles que hayan impuesto sus ideales de vida. Esta realidad histórica es de una evidente sinrazón, porque el poderío y la fuerza pueden estar al servicio de una finalidad perniciosa.

Los latinoamericanos carecemos de independencia económica y de fuerza material en comparación con el conjunto de naciones de otros continentes y por eso, por mucho tiempo, continuaremos mirando hacia Europa para imitar las ideologías más contradictorias de su civilización, sin cuidarnos de hacerlas pasar por el tamiz de nuestra idiosincrasia.

El maquinismo, al transformar la materialidad de la vida, forjó nuevas mentalidades hechas de impulsos y de arrebatos, de suerte que hoy impera, como jamás, la fuerza sobre el derecho.

Vivimos, por lo tanto, nosotros con los europeos una época evolutiva de constantes sorpresas. Cada hora nos depara una novedad desagradable, un hecho social inesperado, insólito, nacido de la irreflexión y de la violencia humanas.

Se menosprecian los derechos individuales y colectivos, basamento indispensable que sostiene a las libertades, y se pretende colocar en la cumbre de los ideales populares dictaduras variadas, que tienen los matices del arco iris.

A nosotros hispanoamericanos, beneficiarios de los sacrificios de quienes nos dieron libertades en cruenta lucha, nos compete esforzarnos para que, por lo menos en nuestras tierras, no se ahogue en sangre ni muera en la iniquidad el Derecho, suprema fuerza moral que permite la existencia de los pueblos débiles, y también de los grandes, si quieren perdurar a través de los siglos. Los imperios caen cuando la fuerza excesiva les da arrogancias para imponer la violencia como ley suprema de las naciones, creyendo que pueden emplearla sin límites e impunemente.

Miranda, Hidalgo, Iturbide, Belgrano, O'Higgins, Sucre, Martí, Washington, San Martín y Bolívar, desde lo alto de la gloria en que la justicia humana y divina los colocó, nos dicen que traicionan sus sacrificios y las libertades que ellos nos dieron, todos los que no se esfuerzan hoy para que triunfen los ideales que nos legaron los hombres de la Independencia.

La memoria de todos aquellos soldados de la Patria nos obliga a repudiar cualquier forma de violencia o de predominio, y nos manda defender los principios consagrados por el Derecho de Gentes.

Debemos hablar al mundo sin arrogancias de tropicalismos verbales, pero nuestro acento debe tener sonoridades de bronce, porque, si bien jóvenes, tenemos conciencia de la pureza y de la amplitud de nuestros ideales, que nos dieron razones para decir: "¡América para la Humanidad!"

Y es también en América donde se consagró la sana teoría de que la victoria no da derechos. Todas nuestras naciones hicieron suyo el principio que repudia el engrandecimiento territorial por medio de la fuerza, consolidando esa teoría en un pacto que hoy vemos brillar como una luz de esperanza en el seno de la Sociedad de las Naciones. Y ahora todos nuestros países, sin una sola excepción, ante el mundo indiferente, reafirman el humanitario derecho de asilo.

El 1º de diciembre se realizará a orillas del Plata una magna Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz. Sin

duda alguna, al Palacio del Parlamento argentino, donde se reunirán a deliberar los hombres más eminentes de nuestras patrias, llegarán, para inspirarlos, los espíritus de nuestros libertadores.

Benditos sean los que, en beneficio de la causa común de la paz, sepan encontrar el camino de la armonía, y hacer arder, en lucerna votiva, una llama vivificante de concordia interamericana.

Es de desear que las delegaciones que se reúnan en Buenos Aires tengan presente aquella conferencia trascendentalísima celebrada hace 114 años en Guayaquil entre dos hombres, que encarnaban el espíritu de toda nuestra América, y en la cual la magnanimidad, la abnegación y el desinterés triunfaron soberanos.

Señoras y señores:

En una de las cartas que Simón Bolívar escribió a su amigo Pedro Gual, dijo que: "para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores es preciso observarlos muy de cerca y juzgarlos muy de lejos".

Estas líneas, que encierran una inmensa verdad, parecen escritas por Bolívar como adivinando su propio destino; porque el Libertador se agranda a medida que los años nos alejan de su época.

Cuando se observa desde lejos a Simón Bolívar, el héroe se deshumaniza para convertirse en un semidiós griego; con tales semejanzas, Bolívar parece realmente salido del Olimpo para venir a tierras de América a repetir helénicas hazañas. Sí; porque se diría que en la pálida frente de Bolívar —por voluntad de Júpiter— brilló la estrella que guía a los genios en la realización de sus empresas sobrehumanas, iluminándoles el camino para que marchen, con firmeza y sin decamamiento, hacia el triunfo integral de sus ideales y de sus ambiciones. Se diría que el mismo Dios, al igual de Virgilio con Dante en el poema perdurable, se hubiese hecho mentor de Bolívar para conducirlo al sitio de los eternos.

Pero si Bolívar, visto desde lejos, tiene toda la majestad de un semidiós legendario, también se le ve con toda la dignidad que guarda el ejemplar humano, consciente de su propio valer de hombre, poseedor de un corazón ardiente, en el que bullen todas las terrenales pasiones.

Los dioses helénicos poseían esa dualidad: realizaban acciones extraordinarias, que escapaban a la capacidad de los hom-

bres, pero, al mismo tiempo, estaban poseídos por entusiasmos, decaimientos, grandezas y debilidades humanas.

Bolívar, titán de la historia —tal cual un héroe homérico— se paseó por tierras de América, en marcha penosa y porfiada, capitaneando pueblos, que iban detrás del paladín, conducidos por su espada siempre en alto... La espada de Bolívar era un haz de ideas generosas, y tan radiante que parecía arrancado al sol con gesto orgulloso... Bolívar marcaba la trayectoria de su ciclópea empresa dejando caer de su luciente acero, en cada batalla, gotas de luz, que se convertían en maravillosas hogueras de redención, que alumbraban a los pueblos con las claridades de la libertad y fecundaban a las naciones con la candencia de la democracia.

Libertador de pueblos; sembrador de ricas naciones; creador de ideales, fueron los galardones de Simón Bolívar, y son tan evidentes, tan culminantes las realidades de sus hechos que quien pretendiese hoy negarlas, o simplemente osara empañarlas, recibiría el castigo del vilipendio con que se anatematiza a los difamadores y caería sangrando, herido por la falárica del universal menosprecio.

Mas, la pasión vil de los hombres que el diario bregar hace crueles; que la emulación cubre de iniquidades; que la envidia corroe, conduce a los coetáneos de los elegidos de todos los tiempos, y de todas las naciones, a negar grandezas en los actos de los hombres singulares de quienes se creen sus iguales, porque los ven con sus ojos sin alcance y los miden con la vara de la mezquindad.

Para que nada faltase en la odisea de Bolívar, los hombres a quienes libertaba no lo comprendieron. Lo hicieron sufrir, como si obedeciesen a ese imperativo doloroso de ingratitud que es remotísima ley humana, y que parece ley de Dios. Es inevitable que incomprensión e ingratitud sufran los elegidos entre los hombres, y hasta los mismos redentores célicos.

Desde el sur del continente americano; desde el Plata; transmontando los Andes; conducido sobre las aguas del Pacífico, por naves promisorias de emancipación, llegó al Perú para luégo entrar triunfante en Lima, otro hombre de grandeza sublime y de abnegación de santo que sufrió, como Bolívar, de la misma ingratitud e incomprensión y que debió extrañarse en holocausto a la Independencia; y, como el Libertador, también apartarse de los hombres en homenaje a la concordia en las tierras de América.

El Libertador del Sur, el general José de San Martín, fue mortificado hondamente, como Bolívar, por la envidia, que lo acusó hasta de querer ufanarse vistiendo la púrpura real. Se hacía ese reproche a San Martín, justamente a él, que dio un hermosísimo ejemplo de abnegación y de modestia al sacrificar su propia personalidad para que la tierra de América fuese libre.

Sin embargo, en el destierro, San Martín no se olvidó de América ni de la amistad que lo unía a Bolívar, puesto que, según el historiador venezolano Carlos A. Villanueva, San Martín fue en Europa “el mismo adalid de la emancipación hispano-americana, entregándose a prestar ayuda a los agentes de Bolívar para el envío de armas y buques necesarios al término de la guerra en el Perú”.

San Martín no olvidó a los hombres que no lo habían comprendido.

Con la muerte llegó la gloria: al extinguirse Bolívar en San Pedro Alejandrino y al morir San Martín en Boulogne Sur-Mer, las dos almas se fundieron en lo Alto, y son estrellas que nos marcan el derrotero del cual no hemos de apartarnos, nunca jamás.

Imaginad, señoras y señores, el significado que tuvo para América y que tiene y tendrá perennemente como lección ejemplarizante el día 26 de julio de 1822, en el cual, en tierra que es conjunción de dos hemisferios, se realizó también la conjunción de los dos astros de nuestra historia: Bolívar y San Martín.

La hermosa tierra ecuatoriana es el nudo de unión de los lazos de hermandad de nuestro continente, porque en su suelo los soldados de la Argentina, Chile y el Perú, conjuntamente con los de Venezuela, Colombia y Ecuador, sellaron la fraternidad con sigilos de sangre.

Lo que hicieron los soldados en las batallas campales, lo realizaron en Guayaquil, el 26 de julio de 1822 los Libertadores Bolívar y San Martín. Ese día debe estar marcado con piedra blanca en nuestros anales, y las naciones a quienes los dos héroes dieron independencia deberían conmemorar el aniversario de esa fecha, como lo hacen con los acontecimientos más laudables de su historia.

No voy a narrar minuciosamente los diversos episodios del memorable encuentro, pero sí he de puntualizar algunos detalles que sirven para conocer el espíritu de la amistad entre esos capitanes.

San Martín y Bolívar siempre sintieron recíproca admira-

de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por opinión, sólo por la fama. Reitero a usted mis sentimientos más francos con que soy de usted su más afectísimo apasionado servidor y amigo q.b.s.m., *Bolívar*".

San Martín anunció que desembarcaría al día siguiente, 26 de julio, como efectivamente así lo hizo.

Conducido San Martín desde la nave hasta tierra por Simón Bolívar fue aclamado, calurosamente, en el puerto, por una entusiasta muchedumbre, que le acompañó hasta la casa en donde se le había preparado alojamiento.

Allí las damas de Guayaquil exhornaron la frente de San Martín con una corona de laureles esmaltados. San Martín agradeció el homenaje, y se quitó la corona. ¡Ni una corona de laureles soportaban sus sienes y, sin embargo, se le acusaba de querer ceñir la de un rey!

Cuando después de haber saludado al Protector partieron las delegaciones de gobernantes y de ciudadanos, San Martín y Bolívar quedaron solos en una sala. Cerraron la puerta con llave y celebraron su primera conferencia, que duró más de hora y media.

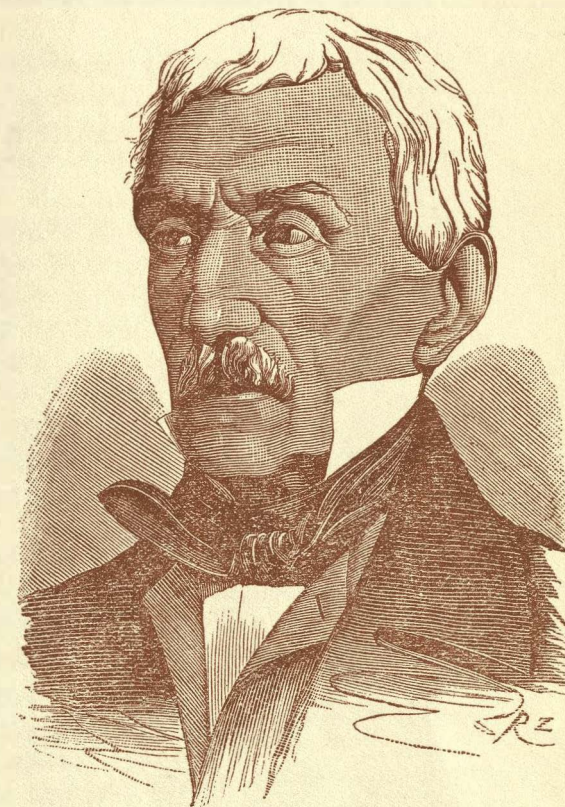
Cuarenta horas permaneció el Protector en Guayaquil visitando al Libertador y los dos generales efectuaron en total, tres importantes conferencias secretas, cuyo misterio fue únicamente revelado por los hechos posteriores.

Ya no cabe dudar que en las conversaciones sostenidas entre los dos libertadores trataron sobre la ayuda militar que prestaría Bolívar a San Martín; y la forma de gobierno que se daría a las nuevas naciones americanas. La cuestión de Guayaquil debió ser eludida o tratada muy de paso por San Martín; pues llegó al Puerto del Guayas cuando Bolívar ya había consumado su incorporación a Colombia.

Después de un suntuoso baile de despedida Bolívar acompañó a San Martín hasta el bote que debía conducirlo a la goleta "Macedonia". Allí le entregó su retrato en "prueba de su sincera amistad". San Martín conservó ese presente con marcada predilección y al morir, en Boulogne Sur-Mer, el retrato de Bolívar estaba en la cabecera de su cama.

Los dos generales máximos de América se separaron en Guayaquil sin haberse concertado; pero, si bien chocaron sus opiniones, del choque surgió el chispazo que hizo posible la libertad total del Continente.

Es bien conocida la carta que San Martín envió a Bolívar



desde Lima, con fecha 29 de agosto de 1822, en vísperas de alejarse definitivamente del escenario glorioso en que actuara.

En esa carta, San Martín hablaba a Bolívar con la franqueza que solamente puede usarse entre dos leales amigos. En ella decía:

“Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido, o que no han creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiera ser vencida, estaba seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por si misma”.

Luego continuaba:

“Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse”.

Y terminaba: “He hablado a usted general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio...”

...“Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores”.

Por escrito y personalmente los dos libertadores se trataron siempre con espontánea y franca amistad, que aleja toda sospecha de pequeñas rivalidades indignas de la grandeza de los dos personajes.

Después de la entrevista Bolívar dijo, que San Martín le había parecido “lo mismo que ha parecido a los que más favorablemente juzgan de él”, y San Martín hace el elogio de Simón Bolívar en la siguiente forma magistral: “Puede decirse que sus hechos militares le han merecido, con razón, ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido América del Sur. Lo que lo caracteriza, sobre todo, y le imprime en cierto modo su sello especial, es una constancia a toda prueba, a que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grande que sean los peligros a que su alma ardiente lo arrastra”.

esa entrevista hizo posibles las acciones de guerra decisivas, ganadas por el Libertador en el Perú.

El Protector, el Libertador del Sur, el general José de San Martín, ganó en Guayaquil la batalla más grande que haya podido ganar general alguno, porque fue victorioso de su propia vanidad de hombre; ganó la batalla suprema de su vida porque, lo repitió, al abandonar el campo de su influencia, él hizo posible más tarde a los ejércitos del Libertador y del Perú obtener la gran victoria de Ayacucho.

Si San Martín no es victorioso de sí mismo en Guayaquil, la libertad de América no hubiese sido manchada con luchas fratricidas como muchos han supuesto, porque Bolívar respetaba y tenía demasiada admiración por su hermano de armas y de glorias y porque Bolívar era demasiado grande para cometer la insensatez de penetrar en tierras donde San Martín era el Jefe. Pero sí, la Independencia de nuestro Continente se hubiese retardado, no sin peligro. Por eso en Guayaquil fue sellada la definitiva independencia de Hispano-América.

Señoras y señores:

Los dos héroes máximos tienen en todas nuestras patrias estatuas con las cuales hemos honrado modestamente sus memorias.

Bolívar tendrán muy pronto en Buenos Aires un monumento grandioso, obra del artista argentino Fioravanti.

Mas, si Bolívar y San Martín están honrados con el bronce y el granito desde Venezuela al Plata, falta completar en Guayaquil el monumento más significativo de América: el monumento a la fraternidad. Ya existe el ornamento: una gallarda teoría de columnas en semicírculo al borde del río Guayas.

En el instante en que el cielo se tiñe de rojo, y en el que los corazones se sienten cohibidos por el misterio del crepúsculo, el caminante se detiene ante esa serie de columnas, que, en el contraste de sombras y de luz, parecen elevarse a las nubes, como empeñadas en hacer llegar hasta el cielo los escudos de bronce de las naciones americanas, que se ostentan en los extremos de sus capiteles.

El patriota, ante esas columnas y a esa hora melancólica, medita; y absorto en su visión del pasado le parece oír una música suave, casi imperceptible, como si manos angélicas tañesen las columnas de mármol convertidas, por prodigio, en cuerdas de una gigantesca lira.

Y el ciudadano de América siente intensa sugestión, y al pensar en los dos libertadores que esperan sus estatuas en la

ciudad en donde se abrazaron en vida, imagina que, mientras tanto, sus almas se dan cita allí, y, entremezcladas con la cálida brisa del ocaso ecuatoriano, se pasean por entre las columnas y arrancan a los mármoles sonoridades de epopeya y de inmortalidad.

## La separación de Panamá (1)

Estoy en la Avenida Central de Panamá. Día de verano abrasador, enormemente azul. Un hombrecillo dolicocefalo, trajeado de azul oscuro en cuyo terno el tiempo ha dejado ultrajantes huellas y cuyo brazo derecho es una mala imitación del brazo humano, pasa cerca de mí...

Alguien me dice: "Es el general Huertas".

Rápidamente le doy alcance y deteniéndole mientras que le saludo le digo:

—General, ¿fuera usted tan amable de concederme un reportaje? Yo soy un periodista colombiano.

—Imposible, señor, el gobierno me lo tiene prohibido y si le desobedezco, puede hasta quitarme mi "pensioncita".

(Qué más reportaje, pienso, pero sin embargo insisto):

—No creo, general, que tal cosa llegue a suceder. ¿Acaso no es usted el libertador de Panamá?

—Sí, señor —dice modestamente el general—. Yo les entregué una república "independiente, libre, rica" y con ejército... y ahora, ya ve usted lo que es Panamá... ni aduanas tiene, porque los americanos lo controlan todo...

—Ah! general, le digo, interrumpiendo su melancólico silencio conmovedor, ¿me permite usted tomar un "kodack"?

—¿Por qué no?

Mis amigos Noguera Dávila y Pepe Torres se acercan. Les invito a quedar en el retrato con el general. Torres acepta, no así Noguera Dávila, que buen bogotano, sonríe y delicadamente rehuye la *distinción*.

Mientras preparo la cámara, el general me dice:

—Ya le daré yo un retrato grande, iluminado, en el que estoy con el uniforme de gran mariscal.

(1) En el año de 1929, don Eduardo de Heredia celebró en Panamá la entrevista que hoy ofrecemos a nuestros lectores. Aunque publicada en algún periódico panameño, ha permanecido inédita en Colombia.—N. de la R.